

S. BERNARDO ABAD APOLOGÍA A GUILLERMO ABAD DE SAN TEODORICO.

ADVERTENCIA AL OPÚSCULO V.

524 1. No hay nada que haya generado más envidia hacia Bernardo que este libro, publicado contra los monjes de Cluny. Tal era la reputación de estos en aquel tiempo, que parecía que quien intentara acusarlos se enfrentaba a la censura del mundo; tal era su expansión y multitud, que quien los criticara se atraía un ejército de adversarios. Incluso ahora hay algunos que acusan a Bernardo de un celo excesivo en este aspecto, sin considerar suficientemente que el santo Doctor fue dispuesto e instruido por Dios para limpiar las manchas de la Iglesia y restaurar la integridad y esplendor del orden monástico, declarando la guerra a los vicios que en su tiempo deformaban su pureza. Por lo tanto, es importante saber bajo qué título y en qué año Bernardo publicó esta obra: si lo que critica en los cluniacenses son realmente vicios o ritos tolerables; y si son vicios, si son verdaderos o supuestos.

2. En cuanto al título, Bernardo llama a esta obra una Epístola en el libro siguiente, n. 15: «Ahora bien, la Epístola, para que siga siendo una epístola, debía terminarse,» etc. Sin embargo, al final del libro la llama Opúsculo, donde menciona a Ogerio, quien no quería separarse de Bernardo «sin el reciente Opúsculo.» Gaufrido, en el libro tercero de la Vida de Bernardo, capítulo octavo, la llama Apologética: «Si se lee el fervor contra los vicios de los suyos o de otros, se encontrará en el que llama Apologética.» Ciertamente, el santo varón utiliza el nombre de apología en la epístola decimooctava, donde al enumerar sus escritos al cardenal Pedro, dice: «Y también la Apología a un amigo nuestro, donde discutí algunas cosas sobre los cluniacenses y nuestras observancias cistercienses.» Por lo tanto, mantendremos el título de Apología, consagrado incluso por el propio autor.

3. De la misma epístola decimooctava, escrita alrededor del año 1127, se deduce el tiempo de composición de la Apología. Y ciertamente, se sabe que este libro fue uno de los primeros opúsculos de Bernardo, y de hecho el tercero, según la enumeración hecha al cardenal Pedro, en la que solo menciona dos antes de la Apología, a saber, el libro sobre la Humildad y las Homilias en alabanza de la Virgen Madre en el Missus est, a las que sigue inmediatamente la apología con algunas cartas. Así, la Apología fue compuesta alrededor del año 1125, es decir, al inicio del gobierno de Pedro el Venerable, quien sucedió a Hugo II en el año 1122, un año y medio después de Pontio, bajo quien la disciplina regular del Orden de Cluny se había relajado considerablemente. No es de extrañar, por lo tanto, que Bernardo notara algunas cosas dignas de reproche y las pusiera por escrito a petición de Guillermo, abad de San Teodorico, quien pertenecía al Orden de Cluny. Pues como casi todos los monasterios de monjes negros seguían los ritos cluniacenses, una vez surgida la congregación cisterciense, que tenía otras costumbres, se decía que pertenecían al Orden de Cluny (aunque no estaban agregados a él), como se evidencia en la siguiente Apología, en la que al dirigirse a Guillermo, dice en los nn. 1 y 30, y en el mismo n. 30 atribuye el monasterio de San Nicolás de la diócesis de Laon a dicho Orden. Así, Bernardo escribe esta Apología a petición de Guillermo, hombre de Cluny; escribe, digo, en un tiempo en que la religión de los cluniacenses era más relajada: pero compone el librito de tal manera que primero, y de hecho más duramente, reprende a los suyos, es decir, a los cistercienses, que con la apariencia de una vida más severa menospreciaban las instituciones de Cluny, violando así las leyes más santas de la religión. Para reconciliar a unos con otros, el santísimo Doctor expone sinceramente en este libro lo que le parecía digno de reproche en ambos; pensando que «no discutía contra el Orden, sino a favor del Orden, si no reprendía al Orden en los hombres, sino los vicios de los hombres,» según el n. 15.

525 4. No cabe duda de que lo que Bernardo notó en los cluniacenses es verdadero, y nadie puede negar que estaba bien informado sobre estos asuntos y, por lo tanto, libre de toda sospecha de falsedad. La verdad de sus palabras se confirma con los Estatutos de Pedro el Venerable, abad de Cluny, quien, convocando un capítulo general en Cluny, intentó corregir muchos de esos vicios, como claramente demuestran sus Estatutos, que mencionaremos en sus lugares correspondientes en las notas. Sobre este capítulo habla Orderico Vital en el año 1132, quien también estuvo presente: así lo relata en el libro decimotercero, página 896: «Pedro, abad de Cluny, envió mensajeros y cartas a todas sus celdas, y convocó a todos los priores de las celdas de Inglaterra e Italia, y de otros reinos, ordenando que estuvieran presentes en Cluny el tercer domingo de Cuaresma, para escuchar preceptos de una vida monástica más austera de lo que habían mantenido hasta entonces. Aquellos archimandritas obedecieron sus órdenes, y en el tiempo señalado se reunieron en Cluny doscientos priores. Ese día estuvieron presentes mil doscientos doce hermanos... Él, Pedro, aumentó los ayunos, eliminó las conversaciones y algunos subsidios para el cuerpo enfermo, que hasta entonces la clemente reverencia de los venerables padres les había permitido moderadamente. Los hermanos, acostumbrados a obedecer siempre a su maestro, no queriendo resistir contra la costumbre religiosa, aceptaron las órdenes severas: sin embargo, razonablemente mostraron que el venerable Hugo y sus predecesores Maiolo y Odilón habían mantenido un camino de vida estricto... El austero preceptor, emulando a los cistercienses y a otros seguidores de nuevas sectas, insistió con audacia en sus propósitos, y al presente se avergonzó de desistir de lo comenzado. Sin embargo, más tarde, ablandado, consintió en el juicio de sus súbditos,» etc. Compárese la carta vigésima octava del libro primero de Pedro el Venerable y otra que se encuentra entre las cartas de Bernardo, en el orden doscientos veintinueve.

5. De esto se deduce que lo que Bernardo critica en los cluniacenses es verdadero: pero no todos lo consideraban un vicio, sino más bien un necesario temperamento de la debilidad humana. Y ciertamente, sobre algunas cosas podría parecer así, como el ornato de las iglesias y otras cosas similares, que presentan razones plausibles: pero la mayoría de ellas, mientras los monjes se mantuvieran moderados, no eran tolerables, como la misma lectura persuade. Pero, ¿qué dices sobre la magnificencia y el culto de los templos? ¿Acaso los cistercienses, e incluso el mismo Bernardo, no construyeron templos amplios y ornamentados? Al escuchar esto, me viene a la mente el primer Oratorio, construido por Bernardo en Claraval. ¡Dios mío! ¡Qué humilde, qué pobre en apariencia, pero cuán venerable en su misma pobreza! De hecho, comenzó otro muy amplio, que podría albergar a setecientos monjes y otras personas: pero todo ornamento, excepto la misma majestad de la estructura, estaba ausente. Y los cistercienses al principio prohibieron completamente «esculturas o pinturas» en sus iglesias o en las oficinas del monasterio: «porque mientras se atiende a tales cosas, a menudo se descuida la utilidad de la buena meditación o la disciplina de la gravedad religiosa. Sin embargo, tenían cruces pintadas,» pero que «fueran de madera.» Finalmente, «las superfluidades y curiosidades notables en esculturas, edificios, pavimentos y otras cosas similares, que deforman la antigua honestidad del Orden y no son congruentes con la pobreza,» también las rechazaron en el capítulo del año 1213, según las Instituciones Cistercienses, parte primera, capítulo 20.

6. Pero dejando esto de lado, ciertamente se siguió una gran utilidad del siguiente librito: ya que no solo los cluniacenses, sino también otros monasterios que estaban separados de su sociedad, se reformaron con su lectura, especialmente el de Dionisio bajo la influencia de Sugerio; y finalmente, siguiendo el ejemplo de los cistercienses, comenzaron a convocarse capítulos generales de monjes negros además del de Cluny, en los que se trató de corregir los vicios de los monjes. Esto comenzó a hacerse bajo el pontificado de Inocencio II, y se sabe

que fue aprobado por él, según las cartas del capítulo general de los abades de la provincia de Reims a Adriano III contra el abad de Latiniaco, mencionadas anteriormente, col. 813.

526 7. Pero esto es suficiente para ilustrar la siguiente Apología, que podemos dividir en dos partes: en la primera se reprende a los cistercienses por menospreciar las instituciones de Cluny; en la segunda se critican las superfluidades de los cluniacenses. Por eso, el códice de la Abadía de San Martín de Tours llama a estas dos epístolas, en las que se lee la inscripción: «Comienza la Apología del señor Bernardo abad contra las detracciones de los cistercienses, dirigida al abad Guillermo, y divide el tratado en dos epístolas.» Se precede de la epístola ochenta y cuatro a modo de prefacio, con el que Bernardo la designa en la epístola ochenta y cinco y en la epístola ochenta y ocho. Este opúsculo fue publicado por primera vez en Ruan junto con el tratado sobre el Precepto y la Dispensación, y los libros sobre la Consideración, sin indicación del año, bajo el título: «Comienza el librito de Bernardo abad sobre la Concordancia de los estados religiosos que existían en su tiempo.» Bajo el mismo título, el mismo libro es citado a veces por Guillermo monje en el libro de las Flores de San Bernardo.

PREFACIO

Acepto con gusto que me ordenes dar esta clase de trabajo, por el cual se debe eliminar el escándalo del reino de Dios: pero aún no me queda claro cómo deseas que se haga. Pues leyendo dulcemente tu dulcísima carta, y releyéndola con más dulzura (pues repetida con frecuencia me agradaba), entendí que deseas que satisfaga a aquellos que se quejan de nosotros como detractores del Orden de Cluny, para que se sepa que no es verdad lo que hasta ahora han pensado mal de nosotros, o han querido que se piense. Pero si después de esta satisfacción quiero criticar nuevamente la superfluidad de su vestimenta y comida, y las otras cosas que mencionas, como ordenas, me pareceré a mí mismo contradictorio, y no veo cómo puedo hacerlo sin escándalo. A menos que, tal vez, diga que el Orden es loable, y los detractores del Orden son reprecensibles, y sin embargo, las superfluidades del mismo son reprecensibles. Si deseas que sea de esta manera, o si ves que de otra manera es más conveniente, ordénamelo más claramente; y para que pueda hacer lo que deseas, de la manera que deseas, ora con más insistencia. Sin embargo, debes saber que estas escrituras me causan no poco detrimento: porque se me quita mucho de la devoción, mientras se interrumpe el estudio de la oración, especialmente cuando no tengo la práctica de dictar, ni el tiempo libre.

527 CAPÍTULO I. Profesa que él y los suyos están completamente alejados de la detracción del Orden religioso.

Al venerable padre GUILLERMO, el hermano BERNARDO, siervo inútil de los hermanos que están en Claraval, salud en el Señor.

1. Hasta ahora, si alguna vez me ordenaste escribir, o me negué de mala gana, o no accedí en absoluto: no porque descuidara lo que se me ordenaba, sino para no presumir de lo que no sabía. Pero ahora, urgido por una nueva causa, se disipa la antigua vergüenza, y me veo obligado a satisfacer mi dolor, ya sea hábil o inexpertamente, con la confianza que da la misma necesidad. ¿Cómo puedo escuchar en silencio vuestra queja sobre nosotros, que se nos dice que somos los más miserables de los hombres, en harapos y semicinturones, juzgando al mundo desde las cavernas, como dice aquel (Hebr. XI, 38); y lo que es más intolerable entre otras cosas, que también menospreciamos vuestro gloriosísimo Orden, que impudicamente detractamos a los santos que en él viven laudablemente, y que desde la sombra de nuestra ignominia insultamos a las luminarias del mundo? ¿Es que bajo las vestiduras de ovejas, no somos lobos rapaces, sino pulgas mordaces, o más bien polillas que destruyen; que

corroemos en secreto la vida de los buenos, porque no nos atrevemos a hacerlo abiertamente, y no emitimos el clamor de la invectiva, sino el susurro de la detracción? Si esto es así, ¿por qué somos mortificados sin causa todo el día, considerados como ovejas de matanza? (Psal. XLIII, 22.) Si así, digo, con jactancia farisaica despreciamos a los demás hombres, y (lo que es más soberbio) a los que son mejores que nosotros, ¿qué nos aprovecha tanta parquedad y aspereza en nuestro alimento, esa notable vileza y diversidad en el vestido, el trabajo manual diario, el ejercicio constante en ayunos y vigiliass, y en definitiva, esa singular y más austera forma de vida nuestra? A menos que tal vez hagamos todas nuestras obras para ser vistos por los hombres, pero Cristo dice: «En verdad os digo, ya tienen su recompensa» (Matth. VI, 5). ¿No somos más miserables que todos los hombres si solo en esta vida esperamos en Cristo? (I Cor. XV, 19.) ¿O acaso no esperamos solo en esta vida en Cristo, si buscamos del servicio de Cristo solo la gloria temporal?

2. Miserable, entonces, soy yo, que con tanto esfuerzo e industria procuro no ser, o más bien parecer, como los demás hombres; pero menos aceptado, o más bien más gravemente castigado, que cualquier hombre. ¿No había, entonces, para nosotros un camino, por así decirlo, más tolerable al infierno? Si era necesario que descendiéramos allí, ¿por qué al menos no elegimos el camino ancho, por el que muchos caminan, que conduce a la muerte, para que al menos pasáramos del gozo al luto, y no del luto al luto? ¡Oh, cuán más felices son aquellos, cuya muerte no es considerada, y su firmeza en su herida, que no están en el trabajo de los hombres, y no son azotados con los hombres! que aunque pecadores, y por los gozos temporales, condenados a tormentos perpetuos, al menos abundantes en el mundo obtuvieron riquezas (Psal. LXXII, 4, 5, 12). ¡Ay de los que llevan la cruz, no como el Salvador la suya, sino como aquel Cireneo, la ajena (Matth. XXVII, 32). Ay de los que tocan la cítara, no como aquellos del Apocalipsis, en sus cítaras (Apoc. XIV, 2), sino verdaderamente, como los hipócritas en las ajenas. Ay una vez, y ay otra vez a los pobres soberbios. Ay, digo, una vez, y ay otra vez, a los que llevan la cruz de Cristo, y no siguen a Cristo: que participan de sus sufrimientos, pero descuidan seguir su humildad.

3. Porque son doblemente quebrantados los que son así, cuando tanto aquí por la gloria temporal se afligen temporalmente, y en el futuro por la soberbia interna son llevados a castigos eternos. Trabajan con Cristo, pero no reinan con Cristo: siguen a Cristo en su pobreza, pero no lo alcanzan en la gloria: beben del torrente en el camino, pero no levantarán la cabeza en la patria: lloran ahora, pero entonces no serán consolados. Y con razón: ¿qué hace la soberbia bajo los harapos de la humildad de Jesús? ¿Acaso no tiene la malicia humana con qué cubrirse, sino con lo que fue envuelta la infancia del Salvador? ¿Y cómo se coarta la simuladora arrogancia dentro del pesebre del Señor, y en lugar de los vagidos de la inocencia, murmura allí el mal de la detracción? ¿No están más seguros aquellos soberbios del Salmo, cuya iniquidad salió de su gordura, cubiertos con su iniquidad e impiedad (Psal. LXXII, 6, 5), que nosotros ocultos bajo la santidad ajena? ¿Quién es más impío, el que profesa la impiedad, o el que miente la santidad? ¿No es aquel que, añadiendo la mentira, duplica la impiedad? ¿Y qué diré? Temo que tal vez yo también sea sospechoso, no ciertamente para vosotros, padre, no para vosotros, a quien sé que me conocéis tanto como en esta oscuridad un hombre puede conocer a otro; y especialmente sobre este asunto sé que no ignoráis lo que pienso. Pero por aquellos que no me han conocido como vosotros, ni me han oído hablar de esto como suelo hablaros, escribo a vosotros (lo que también habéis oído con frecuencia), para que, ya que no puedo ir a cada uno y satisfacer a cada uno, tengáis de mí lo que sabéis con certeza sobre mí; para que por mí persuadáis verazmente a ellos lo que sabéis con certeza sobre mí. Porque no temo escribir a los ojos de todos, cualquier cosa que os haya dicho al oído sobre este asunto.

CAPÍTULO II. Se purga San Bernardo, y encomia el Orden de Cluny

4. ¿Quién me ha oído alguna vez disputar contra ese Orden, ya sea abiertamente o susurrando en secreto? ¿A quién he visto del Orden, sino con alegría, recibido con honor, hablado con reverencia, exhortado con humildad? He dicho, y digo: El modo de vida es santo, honesto, decoroso en castidad, excelente en discreción, instituido por los padres, preordenado por el Espíritu Santo, no poco idóneo para la salvación de las almas. ¿Acaso condeno o desprecio lo que así predico? Recuerdo haber sido hospedado en algunos monasterios de ese mismo Orden: que el Señor devuelva a sus siervos la humanidad que me mostraron en mi debilidad, más allá de lo necesario, y el honor con el que me dignaron más de lo que merecía. Me encomendé a sus oraciones, participé en sus conferencias: a menudo tuve conversaciones sobre las Escrituras y la salvación de las almas con muchos, tanto públicamente en los capítulos como en privado en las cámaras. ¿A quién he intentado disuadir de ese Orden, ya sea en secreto o abiertamente, o persuadir para que viniera al nuestro? ¿No he reprimido a muchos que deseaban venir, y he rechazado a los que venían y llamaban? ¿No devolví al hermano Nicolás a San Nicolás, y a dos de los vuestros, con vosotros como testigo? Pero también a dos abades de ese mismo Orden, cuyos nombres no revelo, pero que conocéis bien, y sabéis cuán amigablemente están unidos a mí: ¿no fue mi consejo disuasorio el que se interpuso a su deseo de migrar a otro Orden, y ya deliberando, les impidió abandonar sus cátedras? ¿Por qué, entonces, se me considera o se me dice que condeno el Orden, al que aconsejo a mis amigos servir, al que devuelvo a los monjes que vienen a nosotros, del que solicito oraciones para mí con tanta solicitud y devoción?

529 CAPÍTULO III. La variedad de los Órdenes religiosos no debe ser juzgada antes de ser unida por el vínculo de la caridad.

5. ¿Acaso porque parezco vivir según otro Orden, por eso se me considera sospechoso? Pero, por la misma razón, ustedes también desmerecen nuestro Orden, cualquiera que sea su modo de vida. Así, los continentes y los casados podrían considerarse mutuamente condenados, porque cada uno vive según sus propias leyes en la Iglesia. También se podría decir que los monjes y los clérigos regulares se desmerecen entre sí, porque están separados por sus propias observancias. Pero, ¿acaso sospechamos que Noé, Daniel y Job no podrían coexistir en un mismo reino, al cual ciertamente no llegaron por un solo camino de justicia? Finalmente, ¿sería necesario que María y Marta desagraden al Salvador, a quien ambas se esfuerzan por agradar con tan diferente devoción? Y, por esta razón, en toda la Iglesia (que ciertamente se varía con tantos y tan diferentes órdenes, como la reina que en el Salmo se describe rodeada de variedad [Sal. 44, 10]), se pensaría que no hay paz ni concordia alguna. ¿Qué tranquilidad segura, qué estado seguro se encontrará en ella, si cualquier hombre elige un Orden cualquiera y desprecia a los que viven de manera diferente, o sospecha que es despreciado por ellos, especialmente cuando es imposible que un solo hombre abarque todos los Órdenes, o que un solo Orden abarque a todos los hombres? No soy tan torpe como para no reconocer la túnica de José, no la de aquel que liberó a Egipto, sino la de aquel que salvó al mundo, y no del hambre del cuerpo, sino de la muerte del alma y del cuerpo. Es bien conocida, porque es de muchos colores, es decir, bellamente variada; y también aparece teñida de sangre, no de un cabrito, que significa pecado, sino de un cordero, que representa la inocencia, es decir, de su propia sangre, no de otra. Él es, sin duda, el Cordero mansísimo, que enmudeció ante quien no lo esquilaba, sino lo mataba; que no cometió pecado, sino que quitó los pecados del mundo. Y enviaron a decir a Jacob: "Hemos encontrado esto; mira si es la túnica de tu hijo o no" (Gén. 37, 32). Mira también tú, Señor, si esta es la túnica de tu amado Hijo. Reconoce, Padre omnipotente, la que hiciste para tu hijo Cristo, de muchos colores, dando algunos como apóstoles, otros como profetas, otros como evangelistas, otros

como pastores y maestros, y las demás cosas que adecuadamente pusiste en su maravilloso ornamento, para la perfección de los santos, que se encuentran en el hombre perfecto, en la medida de la plenitud de Cristo (Efes. 4, 11-13). Dignate también, Dios, reconocer la púrpura del preciosísimo sangre con la que está rociada, y en la púrpura el insigne y gloriosísimo signo de la obediencia. ¿Por qué, entonces, dice, es rojo tu vestido? "He pisado solo el lagar, y de los pueblos no había hombre conmigo" (Isa. 63, 2-3).

6. Así pues, ya que se hizo obediente al Padre hasta el lagar de la cruz, que ciertamente pisó solo: porque solo su brazo le ayudó, según aquello en otro lugar: "Estoy solo hasta que pase" (Sal. 140, 10). Ahora, pues, exáltalo, Dios, y dale un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Filip. 2, 9-10). Que suba a lo alto, lleve cautiva la cautividad, y dé dones a los hombres (Efes. 4, 8). ¿Qué dones? Que deje a su esposa, la Iglesia, la prenda de la herencia, su propia túnica: una túnica de muchos colores, y también sin costura, tejida de arriba abajo; pero de muchos colores por la variada distinción de los muchos Órdenes que hay en ella: sin costura por la unidad indivisible de la caridad. ¿Quién me separará, dice, del amor de Cristo? (Rom. 8, 35). Escucha cómo es de muchos colores: "Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu; y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Señor". Luego, enumerando los diversos carismas, como los diversos colores de la túnica, para mostrar que es de muchos colores, para mostrar también que es sin costura y tejida de arriba abajo, añade: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere" (1 Cor. 12, 4-5). Porque la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. 5, 5). Por lo tanto, no se divida, sino que la Iglesia la herede toda y completa por derecho hereditario, porque de ella está escrito: "La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad" (Sal. 44, 10). Así pues, recibiendo diversos dones, unos de una manera, otros de otra; ya sean Cluniacenses, Cistercienses, clérigos regulares, o incluso laicos fieles, todo Orden, toda lengua, todo sexo, toda edad, toda condición, en todo lugar, en todo tiempo, desde el primer hombre hasta el último. Porque también por esto se llama talar, porque llega hasta el final, como dice el profeta: "No hay quien se esconda de su calor" (Sal. 18, 7): ciertamente adecuado para aquel para quien fue hecha, quien, según otra Escritura, "alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad" (Sab. 8, 1).

CAPÍTULO IV. Tener todos los demás Órdenes por caridad, uno por profesión.

7. Concurramos, pues, todos juntos en una sola túnica, y que de todos conste una. De todos, digo, una. Porque aunque de muchos y diversos, una es mi paloma, mi hermosa, mi perfecta (Cantar. 6, 8). De lo contrario, ni yo solo, ni tú sin mí, ni él sin ambos: sino que juntos todos somos esa una, si, sin embargo, somos solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. No digo que solo nuestro Orden, o solo el vuestro, pertenezca a esa una, sino el nuestro y el vuestro juntos: a menos que (¡Dios no lo quiera!) envidiándonos mutuamente, provocándonos mutuamente, nos mordamos mutuamente, y nos consumamos unos a otros (Gál. 5, 15); y así el Apóstol no pueda presentarnos a ese único varón, a quien desposó, como una virgen casta a Cristo (2 Cor. 11, 2). Sin embargo, esa una dice en los Cantares: "Ordenó en mí la caridad" (Cantar. 2, 4): para que, aunque una en caridad, esté dividida, sin embargo, en ordenación. ¿Qué, entonces? ¿Soy Cisterciense? ¿Condeno, pues, a los Cluniacenses? ¡De ninguna manera! sino que los amo, los predico, los magnifico. ¿Por qué, entonces, preguntas, no sigues ese Orden, si tanto lo alabas? Escucha. Por esto que dice el Apóstol: "Cada uno permanezca en la vocación en que fue llamado" (1 Cor. 7, 20). Y si preguntas por qué no lo elegí desde el principio, si sabía que era tal, respondo: Por lo que nuevamente dice el Apóstol: "Todo me es lícito, pero no todo conviene" (1 Cor. 10, 22). No porque el Orden no

sea santo y justo, sino porque yo era carnal, vendido al pecado (Rom. 7, 14); y sentía tal debilidad en mi alma, que necesitaba una poción más fuerte. Y a diferentes enfermedades corresponden diferentes medicinas, y a los más fuertes, las más fuertes. Supón que dos hombres sufren de fiebre, uno de cuartanas, otro de tercianas. Que el que sufre de cuartanas recomiende al de tercianas agua, peras y cosas frías para tomar: aunque él mismo se abstenga de ellas, y tome vino y otras cosas calientes, como le convienen. ¿Quién, pregunto, lo reprendería correctamente por esto? Si aquel dijera: ¿Por qué no bebes agua, que tanto alabas? ¿no respondería correctamente: Y te la ofrezco fielmente a ti, y me la quito saludablemente a mí?

8. Finalmente, se me pregunta también por qué, si alabo todos los Órdenes, no los sigo todos. Alabo y amo a todos, dondequiera que se viva piadosa y justamente en la Iglesia. Uno lo sigo en obra, los demás en caridad. Y la caridad hará (hablo con confianza) que no me falte el fruto de aquellos cuyos institutos no sigo. Diré algo más. Actúa con cautela. Puede ser que trabajes en vano; pero que yo ame en vano el bien que haces, eso no puede ser en absoluto. ¡Oh, cuánta confianza en la caridad! Uno trabaja sin amar, y otro ama sin trabajar. Aquel ciertamente pierde su obra, pero la caridad de este nunca falla. Y ¿qué maravilla, si en este exilio, mientras la Iglesia aún peregrina, hay una unidad plural, por así decirlo, y una pluralidad unitaria: cuando también en aquella patria, cuando ya reine, tal vez haya una disparidad igual, por así decirlo? Porque está escrito: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Juan 14, 2). Así como allí hay muchas moradas en una casa; así aquí hay muchos órdenes en una Iglesia: y como aquí "hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu" (1 Cor. 12, 4); así allí hay distinciones de glorias, pero una casa. Por lo tanto, la unidad tanto aquí como allí consiste en una caridad; la diversidad, sin embargo, aquí en la multifacética división de órdenes o de operaciones: allí en una distinción de méritos muy conocida, pero también muy ordenada. Entendiendo, pues, la Iglesia esta su discordante concordia, o concordante discordia, dice: "Me condujo por sendas de justicia por amor de su nombre" (Sal. 22, 3). Pues al poner "sendas" en plural, y "justicia" en singular, no omitió la diversidad de operaciones, ni la unidad de los operantes. Previendo también aquella futura unidad diferenciada en los cielos, canta con devoción y alegría: "Tus calles, Jerusalén, serán pavimentadas con oro puro, y por todas tus plazas se cantará Aleluya" (Tob. 13, 22). Al escuchar calles y plazas, entiende coronas y glorias diversas. En el oro, con el que se describe adornada esa ciudad con un solo metal, y en un solo Aleluya, que se dice que se cantará, observa la similar belleza de especies disímiles, y la única devoción de muchas mentes.

9. No se avanza, pues, por un solo camino, porque tampoco hay una sola morada a la que se tiende. Pero que cada uno vea por dónde avanza, no sea que por la diversidad de caminos se aleje de una sola justicia: porque a cualquier morada que cada uno llegue por su camino, no estará excluido de una sola casa del Padre. Sin embargo, "como una estrella difiere de otra en gloria; así será también la resurrección de los muertos" (1 Cor. 15, 41-42). Porque aunque los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre, unos, sin embargo, más que otros, por la diversidad de méritos. Estos méritos, ciertamente, no se pueden discernir tan fácilmente en este mundo como en aquel, ya que aquí solo se ven las obras, allí también los corazones no impiden ser vistos. Porque cuando el Sol de justicia brille por todas partes, entonces se manifestarán los secretos de los corazones (1 Cor. 4, 5); y como ahora no hay quien se esconda de su calor (Sal. 18, 7), así entonces no habrá quien se oculte de su resplandor. Y de las obras, ciertamente, a menudo se emite un juicio incierto, y por ello peligroso, ya que muchas veces tienen menos justicia quienes más obran.

CAPÍTULO V. Ataca con estilo agudo a los religiosos de otros Órdenes que son envidiosos y detractores.

10. Por lo tanto, ahora debo dirigirme a algunos de nuestro Orden, que, en contra de aquella sentencia: "No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien iluminará lo oculto de las tinieblas, y manifestará los consejos de los corazones" (1 Cor. 4, 5); se dice que desmerecen a otros Órdenes, y queriendo establecer solo su propia justicia, no se someten a la justicia de Dios: a quienes, ciertamente (si es que hay algunos de este tipo), no diría que son de nuestro Orden, ni de ningún otro; ya que, aunque vivan ordenadamente, hablando con soberbia, se hacen ciudadanos de Babilonia, es decir, de la confusión; más bien hijos de las tinieblas, y del mismo infierno, donde no hay orden, sino que habita el horror eterno (Job 10, 22). A ustedes, pues, hermanos, que incluso después de escuchar aquella parábola del Señor sobre el fariseo y el publicano, presumiendo de su justicia, desprecian a los demás, dicen (como se dice) que solo ustedes son justos entre los hombres, o más santos que todos; que solo ustedes viven regularmente entre los monjes, y que los demás son más bien transgresores de la Regla.

11. Primero, ¿qué les importa a ustedes de los siervos ajenos? Para su propio señor están o caen. ¿Quién los constituyó jueces sobre ellos? Además, si así, como se dice, presumen de su Orden; ¿qué clase de orden es, que antes de quitar la viga de su propio ojo, busquen tan curiosamente las pajas en los ojos de los hermanos? ¿Quiénes se glorían en la Regla, por qué detractan contra la Regla? ¿Por qué, contra el Evangelio, antes de tiempo, y contra el Apóstol, juzgan a los siervos ajenos? (Rom. 14, 4). ¿Acaso la Regla no concuerda con el Evangelio o el Apóstol? De lo contrario, la Regla ya no es regla, porque no es recta. Escuchen, y aprendan el orden, quienes desmerecen a otros Órdenes contra el orden. "Hipócrita", dice, "saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano" (Mat. 7, 3-5). ¿Preguntas qué viga? ¿No es una gran y gruesa viga la soberbia, por la cual, creyéndote ser algo, cuando no eres nada, insensatamente te exultas como si estuvieras sano, y vanamente, llevando una viga, insultas a los demás por sus pajas? "Te doy gracias, Dios, porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros" (Luc. 18, 21): sigue, pues, y di, Detractores. Porque no es esta la menor paja entre las demás. ¿Por qué, cuando enumeras tan diligentemente las otras, callas esta? Si la tienes por nada o por mínima, escucha al Apóstol: "Ni los maldicientes", dice, "heredarán el reino de Dios" (1 Cor. 6, 10). Escucha también a Dios amenazando en el Salmo: "Te reprenderé", dice, "y te pondré delante de tu cara" (Sal. 49, 21). Que esto lo diga al detractor, es cierto por lo que precede. Y ciertamente debe ser obligado a mirarse a sí mismo, quien, apartando su rostro de sí, prefiere escudriñar más curiosamente los males ajenos.

CAPÍTULO VI. Reprende a los que juzgan temerariamente y calumnian el modo de vida de los Cluniacenses.

12. Pero, dicen, ¿cómo guardan la Regla, quienes se visten con pieles; los sanos se alimentan de carnes o de la grasa de las carnes; admiten tres o cuatro guisos en un día, lo que la Regla prohíbe (Reg. S. Benedicti, cap. 39); no hacen el trabajo manual que ordena (Ibid., cap. 48); en fin, muchas cosas cambian, aumentan o disminuyen a su antojo? Correcto. No se pueden negar estas cosas. Pero presten atención a la regla de Dios, a la cual ciertamente no disuena la institución de San Benito. "El reino de Dios", dice, "está dentro de ustedes" (Luc. 17, 21), es decir, no exteriormente en las vestiduras o alimentos del cuerpo, sino en las virtudes del hombre interior. Por eso el Apóstol: "El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom. 14, 17): y nuevamente, "El reino de Dios no es en palabra, sino en poder" (1 Cor. 4, 20). Por lo tanto, construyen una calumnia a los hermanos sobre observancias corporales; y dejan lo que es mayor en la regla, los institutos espirituales, ¿colando el mosquito y tragando el camello? ¡Gran abuso! La máxima preocupación es que el

cuerpo se vista regularmente, y contra la regla, el alma desnuda se abandona a sus vestiduras. Con tanto cuidado se procura la túnica y la capucha para el cuerpo, de modo que a quien le falten, no se le considere monje: ¿por qué no se proveen de igual manera al espíritu la piedad y la humildad, que ciertamente son vestiduras espirituales? ¡Tunicados y altivos aborrecemos las pieles! como si no fuera mejor la humildad envuelta en pieles, que la soberbia tunicada: especialmente cuando Dios hizo túnicas de piel para los primeros hombres (Gén. 3, 21); y Juan en el desierto ciñó sus lomos con un cinturón de piel (Mat. 3, 4); y el mismo institutor de las túnicas en la soledad, no se vistió con túnicas, sino con pieles. Luego, llenos el vientre de habas, la mente de soberbia, condenamos a los que se alimentan de grasa, ¡como si no fuera mejor comer con moderación de grasa para el uso, que saciarse de legumbres hasta el eructo! especialmente cuando Esaú no fue reprendido por la carne, sino por las lentejas (Heb. 12, 16); y Adán fue condenado no por la carne, sino por el árbol (Gén. 3, 17); y Jonatán fue condenado a muerte por el gusto de miel, no de carne (1 Sam. 14, 29): mientras que Elías comió carne inocentemente (1 Re. 17, 6); Abraham alimentó gratamente a los ángeles con carne (Gén. 18, 7), y Dios mandó que se hicieran sacrificios de ellas (Éx. 29, 1). Pero también es mejor usar un poco de vino por la debilidad, que embriagarse con mucha agua por la avidez: porque Pablo aconsejó a Timoteo usar un poco de vino (1 Tim. 5, 23); y el mismo Señor bebió, tanto que fue llamado bebedor de vino (Mat. 11, 19); también dio de beber a los apóstoles; además, de él hizo los sacramentos de su sangre (Id. 26, 27): mientras que, por el contrario, no permitió que se bebiera agua en las bodas (Juan 2, 3-9), y castigó terriblemente la murmuración del pueblo en las aguas de la contradicción (Núm. 20); y David temió beber el agua que deseaba (2 Sam. 23, 16); y aquellos hombres de Gedeón, que por avidez bebieron del río postrados con todo el cuerpo, no fueron dignos de ir a la batalla (Jue. 7, 5-7). Ahora bien, ¿de qué se glorían del trabajo manual, cuando Marta, trabajando, fue reprendida, y María, descansando, fue alabada (Luc. 10, 41-42); y Pablo dice abiertamente: "El ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo" (1 Tim. 4, 8)? El mejor trabajo, del que decía el profeta: "Me he fatigado en mi gemido" (Sal. 6, 7): y de lo que en otro lugar, "Me acordé de Dios, y me deleité, y me ejercité. Y para que no entiendas ejercicio corporal, dice: "Y mi espíritu desfalleció" (Sal. 76, 4). Donde no se fatiga el cuerpo, sino el espíritu, sin duda se entiende un trabajo espiritual.

CAPÍTULO VII. El ejercicio espiritual es más fructífero que el corporal.

13. ¿Qué, pues, dices? ¿Acaso persuades de tal manera sobre las cosas espirituales que condenas también estas corporales que tenemos por la Regla? De ninguna manera: sino que es necesario hacer aquellas y no omitir estas. De lo contrario, cuando es necesario omitir estas o aquellas, estas deben ser omitidas antes que aquellas. Pues cuanto mejor es el espíritu que el cuerpo, tanto más fructuosa es la ejercitación espiritual que la corporal. Así que, cuando te enorgulleces por la observancia de estas cosas y menosprecias a otros que no las observan, ¿no te muestras más bien como transgresor de la Regla, de la cual, aunque mantienes algunas cosas mínimas, evitas las mejores, sobre las cuales Pablo dice: "Procurad los mejores dones"? (I Cor. XII, 31). Pues al criticar a los hermanos, en lo que te ensalzas a ti mismo, pierdes la humildad; en lo que rebajas a otros, pierdes la caridad: que son sin duda los mejores dones. Tú mortificas tu cuerpo con muchos y excesivos trabajos y mortificas tus miembros que están sobre la tierra con las asperezas de la Regla. Haces bien. Pero, ¿qué si aquel a quien juzgas por no trabajar de manera similar, tiene poco de esta ejercitación corporal, que es de poco provecho, pero más que tú de aquella que es útil para todo, es decir, la piedad? ¿Quién, te pregunto, guarda mejor la Regla? ¿No es mejor quien es mejor? ¿Quién es mejor, el más humilde o el más fatigado? ¿No es aquel que aprendió del Señor a ser manso

y humilde de corazón (Mat. XI, 29), quien, como María, eligió la mejor parte, que no le será quitada? (Luc. X, 42).

14. Pero si crees que la Regla debe ser observada al pie de la letra por todos los que la han profesado, de tal manera que no permitas ninguna dispensa, digo audazmente, ni tú ni él la observáis. Pues aunque él, en cuanto a las observancias corporales, ofende en muchas cosas, es imposible que tú no transgredas en al menos una. Sabes, además, que quien ofende en una, es culpable de todas. Pero si concedes que algunas cosas pueden ser cambiadas por dispensa, sin duda tanto tú como él la observáis, aunque de manera diferente: tú más estrictamente, él quizás más discretamente. No digo esto porque estas cosas exteriores deban ser descuidadas; ni porque quien no se ejercita en ellas se haga inmediatamente espiritual: ya que las cosas espirituales (aunque mejores) apenas se adquieren o se obtienen sin estas, como está escrito: "No es primero lo espiritual, sino lo animal; luego lo espiritual" (I Cor. XV, 46). Así como Jacob, no habiendo conocido primero a Lía, no mereció obtener los abrazos deseados de Raquel. Por eso, en el salmo se dice: "Tomad el salterio y dad el pandero" (Sal. LXXX, 3): lo que significa, tomad las cosas espirituales, pero primero dad las corporales. Sin embargo, el mejor es aquel que obra discretamente y de manera adecuada tanto estas como aquellas.

15. Ahora bien, la carta, para que permanezca como carta, debía terminarse, ya que he corregido suficientemente con mi estilo a los nuestros (de quienes, padre, os quejasteis de que detractaban de vuestro Orden) tanto como pude; y también me he purgado de esta falsa sospecha, como debía. Pero como, al no perdonar a los nuestros, parezco asentir demasiado a algunos de los vuestros, en quienes no conviene, considero necesario añadir algunas cosas que sé que os desagradan y que no dudo deben ser evitadas por todos los buenos: las cuales, aunque parecen hacerse en el Orden, no deben ser consideradas como parte del Orden. Ningún orden, en efecto, admite algo desordenado: lo que es desordenado no es orden. Por lo tanto, no se me debe considerar como alguien que disputa contra el Orden, sino a favor del Orden, si no reprendo el Orden en las personas, sino los vicios de las personas. Y en verdad, no temo ser molesto para aquellos que aman el Orden en este asunto: más bien, sin duda, lo recibirán con agrado si perseguimos lo que ellos también odian. Pero si a algunos les desagradan, ellos mismos se manifiestan, porque no aman el Orden, cuya corrupción, es decir, los vicios, no quieren que se condenen. A estos, por tanto, les respondo con aquella frase de Gregorio: "Es mejor que surja un escándalo a que se abandone la verdad." (Homil. 7 in Ezech.)

CAPÍTULO VIII. Critica los vicios de los cluniacenses, encubiertos con el nombre de virtudes.

16. Se dice, y se cree verdaderamente, que los santos padres instituyeron esa vida; y que para que más se salvaran en ella, moderaron el rigor de la Regla hasta para los débiles, sin destruir la Regla. Sin embargo, lejos esté de mí creer que ellos ordenaron o permitieron las vanidades y superfluidades que veo en muchos monasterios. Me maravillo, en efecto, de cómo pudo arraigar entre los monjes tanta intemperancia en las comidas y bebidas, en las vestimentas y lechos, en las cabalgaduras y en la construcción de edificios: de modo que donde estas cosas se hacen con más esmero, voluptuosidad y derroche, allí se dice que el orden se mantiene mejor, allí se considera que hay más religión. Pues la parquedad se considera avaricia, la sobriedad se cree austeridad, el silencio se reputa tristeza. Por el contrario, la relajación se llama discreción; la prodigalidad, liberalidad; la locuacidad, afabilidad; la risa, alegría; la suavidad de las vestiduras y la arrogancia de los caballos, honestidad; el excesivo adorno de los lechos, limpieza. Y cuando nos prodigamos mutuamente estas cosas, se llama caridad. Esta caridad destruye la caridad, esta discreción confunde la discreción. Tal misericordia está

llena de crueldad, pues se sirve al cuerpo de tal manera que se mata el alma. ¿Qué caridad es amar la carne y descuidar el espíritu? ¿Qué discreción es dar todo al cuerpo y nada al alma? ¿Qué misericordia es alimentar a la sierva y matar a la señora? Nadie, por tal misericordia, espere alcanzar la misericordia que se promete a los misericordiosos en el Evangelio, cuando la Verdad dice: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mat. V, 7): sino que espere con certeza el castigo que el santo Job, más profetizando que deseando, imprecó a tal impío misericordioso, diciendo: "No sea recordado, sino que se deshaga como un árbol infructuoso." Y de inmediato añade una causa de retribución digna, diciendo: "Porque alimentó al estéril, y que no da a luz, y no hizo bien a la viuda" (Job XXIV, 20, 21).

17. Es una misericordia desordenada e irracional vigilar para satisfacer los deseos de la carne estéril e infructuosa (que según la palabra del Señor no aprovecha nada [Juan VI, 64], y según el Apóstol no heredarán el reino de Dios [I Cor. XV, 50]), y no cuidar del consejo saluberrimo del Sabio sobre el cuidado del alma, que advierte y dice: "Ten misericordia de tu alma, agradando a Dios" (Eclo. XXX, 24). Buena misericordia es tener misericordia de tu alma; y no puede dejar de merecer misericordia, por la cual se hace que agrade a Dios. De otro modo, no es misericordia, como ya he dicho, sino crueldad; no es caridad, sino iniquidad; no es discreción, sino confusión, alimentar al estéril que no da a luz, es decir, servir a las concupiscencias de la carne inútil; y no hacer bien a la viuda, es decir, no dedicar ningún esfuerzo al cultivo de las virtudes del alma. La cual, aunque esté temporalmente viuda del Esposo celestial, no deja de concebir y dar a luz sentidos del Espíritu Santo; que ciertamente pueden ser capaces de la herencia incorruptible y celestial, si tienen un cultivador piadoso y diligente.

18. Sin embargo, bajo este abuso, ya casi en todas partes se mantienen así por orden, casi ya sin queja y de manera irreprochable; aunque de manera diferente. Algunos, en efecto, usan estas cosas como si no las usaran; y por eso, o sin ofensa alguna, o con la mínima. Algunos hacen estas cosas por simplicidad, algunos por caridad, algunos por necesidad. Pues algunos mantienen estas cosas simplemente, porque así se les ordena; dispuestos a actuar de otra manera, si se les ordenara de otra manera. Algunos, sin embargo, para no vivir en discordia con aquellos con quienes habitan; siguiendo en esto, no su propia lujuria, sino la paz de los demás. Otros, porque no pueden resistir a la multitud de los que contradicen, quienes defienden estas cosas con voz libre como si fueran por Orden; y cada vez que estos comienzan a restringir o cambiar algo según dicta la razón, aquellos inmediatamente les resisten con toda autoridad.

CAPÍTULO IX. Compara la intemperancia de los mismos con la parquedad de los antiguos monjes.

19. ¿Quién al principio, cuando comenzó el Orden monástico, creería que los monjes llegarían a tal inercia? ¿Cuánto distamos de aquellos que en los días de Antonio fueron monjes! Pues cuando ellos se visitaban mutuamente por un tiempo por caridad, recibían con tal avidez el pan de las almas, que olvidados por completo del alimento del cuerpo, pasaban a menudo todo el día con estómagos ayunantes, pero no con mentes. Y este era el orden correcto, cuando se servía primero a la parte más digna: esta era la suma discreción, cuando se tomaba más de lo que era mayor: esta era, en definitiva, la verdadera caridad, donde las almas, por cuya caridad Cristo murió, eran reconfortadas con tanta solicitud. Pero cuando nos reunimos, para usar las palabras del Apóstol, ya no es para comer la cena del Señor (I Cor. XI, 20). Pues nadie busca el pan celestial, nadie lo da. Nada se trata de las Escrituras, nada de la salvación de las almas; sino que se dicen tonterías, risas y palabras al viento. Durante la

comida, tanto como la boca se alimenta de manjares, los oídos se alimentan de rumores: a los cuales, totalmente atento, no conoces medida en el comer.

20. Mientras tanto, se sirven platos tras platos: y en lugar de las carnes solas, de las cuales se abstiene, se duplican los grandes cuerpos de los peces. Y cuando te has saciado de los primeros, si tocas los segundos, parecerá que aún no has probado los primeros. Pues todo se prepara con tal esmero y arte de los cocineros, que habiendo devorado cuatro o cinco platos, los primeros no impiden los últimos, ni la saciedad disminuye el apetito. El paladar, mientras es seducido por nuevos condimentos, poco a poco se desacostumbra de los conocidos, y hacia los jugos extraños, como si aún estuviera en ayunas, se renueva ávidamente en deseos. El vientre, en efecto, mientras no sabe [al. se alimenta], trabaja, pero la variedad quita el hastío. Pues como despreciamos los manjares puros, tal como la naturaleza los creó, mientras unos se mezclan con otros de muchas maneras, y despreciando los naturales, que Dios puso en las cosas, la gula se provoca con ciertos sabores adulterados; se pasa, sin duda, la medida de la necesidad, pero aún no se supera el deleite. ¿Quién puede decir cuántas maneras (por no mencionar otras cosas) se tratan y se manipulan los huevos solos, con cuánto esmero se voltean, se revuelven, se licúan, se endurecen, se disminuyen; y ahora fritos, ahora asados, ahora rellenos, ahora mezclados, ahora individualmente se sirven? ¿Y para qué todo esto, sino para atender solo al hastío? Luego, la calidad de las cosas se cuida de tal manera que no menos el aspecto que el gusto deleite: y cuando ya el estómago con frecuentes eructos indica que está lleno, sin embargo, la curiosidad no se sacia. Pero mientras los ojos son atraídos por los colores, el paladar por los sabores, el infeliz estómago, al que ni los colores iluminan, ni los sabores deleitan, mientras se le obliga a recibir todo, más se oprime que se repara.

21. ¿Qué diré del agua potable, cuando ni siquiera se admite el vino aguado? Todos, desde que somos monjes, tenemos estómagos enfermos, y no descuidamos el tan necesario consejo del Apóstol sobre el uso del vino, aunque no sé por qué se omite el "poco" que él añadió (I Tim. V, 23). Y ojalá estuviéramos contentos con el solo, incluso cuando es puro. Me avergüenza decirlo, pero más debería avergonzarse practicarlos; y si avergüenza oírlo, no debería avergonzarse corregirlo. Ves que en una comida se lleva de vuelta la copa medio llena tres o cuatro veces: para que, probando diversos vinos más por su aroma que por su sabor, y no tanto bebidos como tocados, con sagaz prueba y rápida cognición, finalmente se elija uno de entre muchos, el que sea más fuerte. ¿Qué es eso que se dice que algunos monasterios observan por costumbre, beber en grandes fiestas vinos mezclados con miel, espolvoreados con polvos de especias en el convento? ¿Diremos que esto se hace por la debilidad del estómago? Yo, en verdad, no veo que sirva para otra cosa que para beber más o más placenteramente. Pero cuando las venas están llenas de vino, palpitando en toda la cabeza, ¿qué otra cosa se desea al levantarse de la mesa sino dormir? Si, sin embargo, obligas a levantarte para las vigiliass con indigestión, no extorsionarás canto, sino llanto.

22. Cuando llego al lecho, me quejo del malestar, no del pecado de la glotonería, sino de que no puedo comer. Es ridículo (si es que es verdad) lo que me han contado muchos, que decían saberlo con certeza, y no creo que deba callarlo. Dicen que jóvenes sanos y fuertes suelen abandonar el convento, colocarse en la casa de los enfermos, que no están enfermos; no para reparar las ruinas del cuerpo enfermo con el consumo de carne (que apenas se concede a los enfermos y totalmente débiles por la discreción de la Regla para la reparación de las fuerzas [Reg. S. Benedicti, capp. 31, 39]), sino para satisfacer el deseo de la carne lujuriosa. Pregunto, ¿qué seguridad es esta, entre las lanzas fulgurantes y las flechas voladoras de los enemigos que rugen por todas partes, arrojar las armas como si la guerra ya hubiera terminado y el adversario hubiera sido vencido, y dedicarse a largas comidas o revolcarse desnudo en un lecho blando? ¿Qué cobardía es esta, oh buenos soldados? Mientras los

compañeros están en sangre y matanza, ¿vosotros amáis los manjares delicados o dormís hasta la mañana? Mientras otros, digo, día y noche con cuidado vigilante se apresuran a redimir el tiempo, porque los días son malos; vosotros, por el contrario, consumís largas noches durmiendo y pasáis los días ociosos charlando? ¿Decís, Paz, y no hay paz? ¿Por qué no os avergonzáis ante la reprensión de la indignación apostólica? Pues aún no, dice, habéis resistido hasta la sangre (Hebr. XII, 3). Más bien, ¿por qué no os despertáis ante el trueno de la terrible amenaza del mismo? Cuando digan, dice, Paz y seguridad; entonces vendrá sobre ellos repentina destrucción, como el dolor a la que está en cinta, y no escaparán (I Tes. V, 3). Es una medicina demasiado delicada, vendar antes de herir, llorar un miembro no golpeado, y sin haber recibido aún el golpe, aplicar la mano, frotar con ungüento donde no duele, aplicar un emplastro donde no hay corte.

23. Para discernir, además, entre sanos y enfermos, se ordena a los enfermos llevar bastones en las manos, claramente necesarios: para que, cuando el palor en el rostro y la delgadez no lo indiquen, el bastón sosteniendo finja enfermedad. ¿Debo decir que estas tonterías son para reír o para llorar? ¿Así vivió Macario? ¿Así enseñó Basilio? ¿Así instituyó Antonio? ¿Así, en definitiva, los santos Odo, Maiolo, Odilo, Hugo, a quienes ciertamente se glorían de tener como príncipes y preceptores de su Orden, o mantuvieron, o consideraron que debía mantenerse? Pero todos estos, si fueron santos, más bien porque fueron santos, no discreparon del santo Apóstol, quien ciertamente habla así: "Teniendo sustento y con qué cubrimos, con esto estaremos contentos" (I Tim. VI, 8). Pero para nosotros, el sustento es saciedad, y no buscamos vestimenta, sino adorno.

CAPÍTULO X. Persigue el ornato y lujo de las vestiduras en los mismos.

24. Se busca para vestirse, no lo que sea más útil, sino lo que sea más sutil: no lo que repela el frío, sino lo que obligue a la soberbia: no, en definitiva, según la Regla, "lo que pueda comprarse más barato" (Reg. S. Benedicti, cap. 55), sino lo que sea más hermoso, más bien vano para ostentar. ¡Ay de mí, pobre monje! ¿Por qué aún vivo para ver que nuestra Orden ha llegado a esto, la Orden que fue la primera en la Iglesia, más bien de la cual comenzó la Iglesia; ninguna en la tierra más semejante a las órdenes angélicas, ninguna más cercana a la Jerusalén que está en los cielos, nuestra madre, ya sea por el decoro de la castidad, ya sea por el ardor de la caridad; cuyos apóstoles fueron los instituyentes, cuyos aquellos que Pablo tan a menudo llama santos fueron los iniciadores? Y ciertamente entre ellos, cuando nadie retenía lo que era suyo, "se repartía, como está escrito, a cada uno según su necesidad": no, por tanto, lo que cada uno podía puerilmente desear [al. llevar]. Ciertamente, donde se tomaba solo lo que era necesario, allí sin duda no se admitía nada ocioso: ¿cuánto más nada curioso? ¿cuánto más nada soberbio? Lo que, dice, era necesario; esto es, en cuanto a las vestiduras, lo que cubriera la desnudez y repeliera el frío. ¿Crees que allí se buscaba para vestir a alguien galabrum o isembrunum; se preparaba para alguien una mula de doscientos sólidos para montar? ¿Crees, digo, que el lecho de alguien estaba cubierto con un cobertor de gato, o un barricano de colores, donde "se repartía a cada uno solo según su necesidad"? No creo que allí se cuidara mucho del precio, del color, del adorno de las vestiduras, donde había un estudio tan incansable en la concordia de las costumbres, la coherencia de los ánimos y el progreso de las virtudes. "La multitud de los creyentes era un solo corazón y una sola alma" (Hech. IV, 32, 35).

25. ¿Dónde está ahora aquel ejercicio de unanimidad? Nos hemos dispersado exteriormente, y del reino de Dios que está dentro de nosotros, dejando los verdaderos y perennes bienes, buscamos fuera vana consolación de vanidades y locuras falsas: y ya no solo hemos perdido la virtud de la antigua religión, sino que ni siquiera retenemos su apariencia. Pues he aquí que

nuestro mismo hábito (lo que digo con dolor), que solía ser insignia de humildad, es llevado por los monjes de nuestro tiempo como signo de soberbia. Apenas ya en nuestras provincias encontramos con qué vestirnó dignamente. El soldado y el monje se reparten del mismo paño la capucha y la capa. Cualquiera del siglo, por muy honrado que sea, aunque sea rey, aunque sea emperador, no despreciará nuestras vestiduras, si están preparadas y adaptadas a su modo.

26. Sin embargo, dices, la religión no está en el hábito, sino en el corazón. Bien. Pero cuando vas a comprar una capucha, recorres las ciudades, paseas por los mercados, recorres las ferias, examinas las casas de los comerciantes, revisas todo el mobiliario de cada uno, despliegas enormes montones de telas, las tocas con los dedos, las acercas a los ojos, las pones al rayo del sol; rechazas todo lo que es grueso o pálido; pero si algo te agrada por su pureza y brillo, te esfuerzas por retenerlo a cualquier precio: te pregunto, ¿haces esto desde el corazón, o simplemente? Finalmente, cuando buscas con esmero, en contra de la Regla, no lo que es más barato, sino lo que, por ser más raro, se compra más caro; ¿lo haces por ignorancia o con intención? Sin duda, del tesoro del corazón procede todo lo que aparece externamente como vicios. Un corazón vano imprime la marca de la vanidad en el cuerpo; y la superfluidad exterior es indicio de la vanidad interior. Las vestiduras suaves indican la blandura del alma. No se cuidaría tanto el adorno del cuerpo, si antes no se hubiera descuidado la mente, inculta en virtudes.

CAPÍTULO XI. Sobre la causa por la cual los superiores no corrigen los vicios de los subordinados. Crítica el lujo y el esplendor del atuendo de los prelados.

27. Me sorprende, sin embargo, que la Regla diga que todo lo que los discípulos delinquen recae sobre el maestro (Reg. S. Benedicti, cap. 2); y que el Señor, a través del profeta, amenace con exigir la sangre de los que mueren en pecado de manos de los pastores (Ezequiel III, 18), cómo nuestros abades permiten que ocurran tales cosas; a menos que (si me atrevo a decirlo) nadie reprende con confianza, en quien no confía ser irrepreensible. Pues es propio de la humanidad no enojarse vehementemente con los demás en aquello en lo que uno mismo se permite indulgencia. Diré, diré; se me llamará presuntuoso, pero diré la verdad. ¿Cómo se ha oscurecido la luz del mundo? ¿Cómo se ha vuelto insípida la sal de la tierra? Aquellos cuya vida debería ser para nosotros el camino de la vida, mientras muestran en sus actos un ejemplo de soberbia, se han convertido en guías ciegos de ciegos. Pues, ¿qué ejemplo de humildad es, por no mencionar otras cosas, caminar con tanta pompa y cabalgata, rodeado de tantos servidores con el cabello arreglado; de modo que la multitud de un abad sea suficiente para dos obispos? Miento si no he visto a un abad llevar sesenta caballos, y más, en su comitiva. Dirías, si los vieras pasar, que no son padres de monasterios, sino señores de castillos; no rectores de almas, sino príncipes de provincias. Luego se ordena llevar servilletas, copas, jofainas, candelabros, y alforjas llenas, no de paja, sino de adornos de lechos. Apenas alguien se aleja cuatro leguas de su casa sin llevar toda su vajilla, como si fuera a la guerra o a cruzar un desierto donde no se pueden encontrar las necesidades. ¿No podría el mismo recipiente servir para verter agua en las manos y beber vino? ¿No podría una lámpara arder y dar luz, a menos que esté en tu candelabro, y este de oro o plata? ¿No se podría dormir, a menos que sea sobre un lecho variado o bajo una colcha extranjera? ¿No podría un solo sirviente atar el caballo, servir en la mesa y preparar la cama? Entonces, ¿por qué no llevamos con nosotros lo necesario para no agobiar a los anfitriones, en lugar de tanta multitud de criados y caballos?

CAPÍTULO XII. Critica el lujo y el abuso en la construcción, ornamentación y pintura de templos y oratorios.

28. Pero estas son cosas pequeñas: pasaré a cosas mayores, pero que parecen menores porque son más comunes. Omito las inmensas alturas de los oratorios, las longitudes desmesuradas, las anchuras superfluas, las decoraciones costosas, las pinturas curiosas: que, al atraer la mirada de los que oran, impiden el afecto y me representan de alguna manera el antiguo rito de los judíos. Pero sea, que se hagan estas cosas para la gloria de Dios. Sin embargo, pregunto como monje a los monjes, lo que un gentil reprochaba a los gentiles: Decidme (decía él), pontífices, ¿qué hace el oro en el santuario? (PERS. sat. II, vers. 69.) Pero yo digo: Decidme, pobres: no me fijo en el verso, sino en el sentido; decidme, digo, pobres, si es que sois pobres, ¿qué hace el oro en el santuario? Y ciertamente hay una causa para los obispos, otra para los monjes. Sabemos que aquellos, siendo deudores a sabios e ignorantes, excitan la devoción del pueblo carnal con adornos corporales, ya que no pueden hacerlo con los espirituales. Pero nosotros, que ya hemos salido del pueblo; que hemos dejado las cosas preciosas y hermosas del mundo por Cristo; que hemos considerado todas las cosas que brillan bellamente, que deleitan con su sonido, que huelen suavemente, que saben dulcemente, que agradan al tacto, en fin, todos los placeres corporales como estiércol, para ganar a Cristo: ¿de quién, pregunto, pretendemos excitar la devoción con estas cosas? ¿Qué fruto, digo, buscamos en esto? ¿La admiración de los necios, o la ofrenda de los simples? ¿O porque estamos mezclados entre las naciones, hemos aprendido sus obras, y aún servimos a sus ídolos esculpidos?

28. Y para hablar claramente, ¿no es todo esto obra de la avaricia, que es idolatría, y no buscamos el fruto, sino el don? Si preguntas, ¿cómo? Digo, de una manera asombrosa. Se gasta el dinero de tal manera que se multiplica. Se gasta para aumentar, y la efusión produce abundancia. Pues la vista misma de vanidades costosas, pero admirables, incita a las personas más a ofrecer que a orar. Así, las riquezas se atraen con riquezas, así el dinero atrae dinero: porque, de alguna manera, donde se ve más riqueza, allí se ofrece más generosamente. Los ojos se sacian con reliquias cubiertas de oro, y los bolsillos se abren. Se muestra la bellísima imagen de algún santo o santa, y se cree que es más santa cuanto más colorida. La gente corre a besarla, se les invita a donar; y admiran más lo hermoso que veneran lo sagrado. Luego se colocan en la iglesia coronas, no de gemas, sino ruedas, rodeadas de lámparas, pero no menos brillantes por las piedras incrustadas. Vemos también, en lugar de candelabros, ciertos árboles erigidos, fabricados con gran peso de bronce, con la obra maravillosa de un artesano, no más resplandecientes por las lámparas colocadas encima que por sus propias gemas. ¿Qué crees que se busca en todo esto? ¿La compunción de los penitentes, o la admiración de los espectadores? ¡Oh vanidad de vanidades, pero no más vana que insana! La iglesia brilla en sus paredes, y carece de pobres. Viste sus piedras con oro, y abandona a sus hijos desnudos. Se sirve a los ojos de los ricos con los gastos de los necesitados. Los curiosos encuentran con qué deleitarse, y los miserables no encuentran con qué sustentarse. ¿Por qué al menos no respetamos las imágenes de los santos, con las que ciertamente abunda el pavimento que se pisa? A menudo se escupe en la cara de un ángel, a menudo el rostro de algún santo es golpeado con los pies de los transeúntes. Y si no respetamos estas imágenes sagradas, ¿por qué no respetamos al menos los bellos colores? ¿Por qué embelleces lo que pronto será desfigurado? ¿Por qué pintas lo que necesariamente será pisoteado? ¿Qué valor tienen las formas hermosas allí, donde se manchan continuamente con polvo? Finalmente, ¿qué tienen que ver estas cosas con los pobres, con los monjes, con los hombres espirituales? A menos que aquí también se responda al versículo del poeta ya mencionado con el profético: Señor, he amado la belleza de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria (Salmo XXV, 8). Estoy de

acuerdo: permitamos que estas cosas se hagan en la iglesia: porque aunque son nocivas para los vanos y avaros, no lo son para los simples y devotos.

29. Pero en los claustros, ante los hermanos que leen, ¿qué hace esa ridícula monstruosidad, una cierta deformidad hermosa y una hermosa deformidad? ¿Qué hacen allí los monos inmundos? ¿Qué hacen los leones feroces? ¿Qué hacen los centauros monstruosos? ¿Qué hacen los semihombres? ¿Qué hacen los tigres manchados? ¿Qué hacen los soldados luchando? ¿Qué hacen los cazadores tocando trompetas? Ves bajo una cabeza muchos cuerpos, y de nuevo en un cuerpo muchas cabezas. Se ve aquí en un cuadrúpedo la cola de una serpiente, allí en un pez la cabeza de un cuadrúpedo. Allí una bestia presenta un caballo, arrastrando una cabra por detrás; aquí un animal cornudo lleva un caballo por detrás. Finalmente, aparece en todas partes tanta y tan maravillosa variedad de formas diversas, que más apetece leer en los mármoles que en los códices, y pasar todo el día admirando cada una de estas cosas, que meditando en la ley de Dios. ¡Por Dios! Si no les avergüenzan las tonterías, ¿por qué al menos no les duelen los gastos?

CAPÍTULO XIII. Resume modos y medios para fomentar la caridad mutua y la paz, finalmente señala a los desertores por su inestabilidad.

30. Muchas otras cosas sugería la abundante materia para añadir; pero me aparta tanto mi propia ocupación bastante ansiosa, como tu, hermano Ogerio, partida demasiado apresurada, ya que no te conformas con quedarte más tiempo, ni quieres irte sin una obra reciente. Hago, pues, lo que deseas, y te dejo ir, y acorto el discurso: especialmente porque son más útiles pocas cosas en paz, que muchas con escándalo. Y ojalá haya escrito estas pocas cosas sin escándalo. En verdad, al criticar los vicios, sé que ofendo a los viciosos. Sin embargo, puede suceder, si Dios quiere, que a algunos de los que temo haber exasperado, les agrade más, pero si dejan de ser viciosos: si, por ejemplo, los más estrictos dejan de ser detractores, y los más indulgentes cortan las superfluidades; si cada uno mantiene el bien que tiene, sin juzgar a otro que tiene algo diferente; si quien ha recibido ya ser bueno, no envidia a los mejores; y quien se considera actuar mejor, no desprecia el bien del otro: si quienes pueden vivir más estrictamente, no desprecian ni emulan a quienes no pueden; y quienes no pueden, admiran a quienes pueden, sin imitar temerariamente. Pues así como no es lícito para aquellos que han hecho un voto mayor descender a lo que es menor, para no ser considerados apóstatas: así no conviene a todos pasar de los bienes menores a los mayores, para no precipitarse.

31. Sé que algunos han volado de otras congregaciones e instituciones a nuestra Orden, han llamado, han entrado: quienes al hacer esto, han dejado escándalos en sus lugares y nos han traído a nosotros, perturbando tanto a aquellos con su temeraria partida, como a nosotros con su miserable conversación. Y porque despreciaron con soberbia lo que tenían, y temerariamente asumieron lo que no podían; Dios, con un final digno, finalmente reveló su cobardía: porque impudicamente abandonaron lo que imprudentemente habían tomado, y vergonzosamente regresaron a lo que habían dejado a la ligera. Pues al buscar nuestros claustros más por impaciencia de su Orden que por deseo de nosotros; muestran lo que son, al volar de vosotros a nosotros, de nosotros a vosotros con inestable ligereza, y causan escándalo a nosotros, a vosotros y a todos los buenos. Aunque conocemos a algunos de ellos que, con la ayuda de Dios, comenzaron valientemente y, con su protección, perseveran más valientemente; es más seguro, sin embargo, que perseveremos en el bien que hemos comenzado, que comenzar donde no perseveraremos; y que todos juntos nos esforcemos para que, según el consejo del Apóstol, todo lo nuestro se haga en caridad (I Cor. XVI, 14). Esta es nuestra opinión sobre nuestro Orden y el vuestro; esto es lo que suelo decir a los nuestros y a los vuestros, no sobre vosotros, sino para vosotros, y nadie será mejor testigo de esto que

vosotros, y quien me conozca como vosotros. Lo que es loable en los vuestros, lo alabo y predico: si hay algo que deba ser reprendido, para que se enmiende, suelo aconsejarlo a vosotros y a otros amigos míos. Esto no es detracción, sino atracción. Que esto nos sea siempre hecho por vosotros, lo ruego y suplico. Adiós.